

Filosofando

En la pena nada se asienta

Luis Armando Aguilar Sahagún

*Debemos disponer nuestro ánimo
para aceptar y hacer
todo aquello que la realidad
nos demande
Séneca*

La pérdida de un ser amado puede traer consigo la sensación de absurdo de la existencia y del mundo. Lo hermoso se torna horrible, deprimente. Lo valioso se torna vano. El mundo se vuelve sórdido, una trivialidad. El escritor irlandés Clive Staples Lewis (1898-1963), afamado profesor de Literatura Medieval y Renacentista en Cambridge y converso al Cristianismo, enfrentó la pérdida de la mujer que llegó para cambiar su vida, Joy, a quien conoció siendo un adulto. Poco duró el intenso amor que vivió esa pareja. Joy era norteamericana viuda, madre de un hijo. La admiración de Joy por Lewis la llevó a cruzar el océano para conocer al popular autor de *Las crónicas de Narnia*, de las *Cartas del diablo a su sobrino* y de una enorme cantidad de narraciones y de escritos sobre el Cristianismo.

Resulta significativo que “Joy” signifique alegría. “Cautivado por la alegría” (*Captured by Joy*) es el título del libro autobiográfico en el que Lewis relata su conversión del ateísmo a la fe cristiana, a los treinta años de edad. Lewis contrajo matrimonio con Joy cuando ésta ya estaba invadida de cáncer y su muerte era previsible a corto plazo. Su muerte dejó en él un enorme dolor, que él supo “observar”, primero, y plasmar, después, como una manera de “sobrevivir los difíciles momentos de la medianoche”.

En *Una pena observada* (también publicado bajo el título: *Una pena en observación*), Lewis ha dejado un testimonio de la lucha del hombre por enfrentar la pérdida del sentido, al morir un ser amado. Y sobre todo, la manera en que un hombre de fe, dotado de una inteligencia brillante y lógica, hace cuentas con la imagen de Dios que hasta entonces se había formado.

Clive Staples vivió la muerte de Joy como un problema metafísico; la pérdida de su amada cobró para él “dimensiones cósmicas”. Es su sentimiento el que lo lleva a ver su pérdida como “un nuevo factor en la problemática del universo”. “¿Qué pasó con el mundo para que se haya vuelto tan chato, tan mezquino, para que parezca tan gastado?”

Lewis fue pasando paulatinamente a reconocer la realidad de Joy, tal y como en vida fue; a dejar a un lado sus propios sufrimientos, para poner cada vez más en el centro los sufrimientos ajenos. Como converso y creyente Lewis busca situar la muerte de Joy en el horizonte del nuevo sentido de la vida y de las cosas que ha descubierto en la opción de la fe. Ha asentado sus creencias con seguridad. Pero la muerte de Joy pone a prueba su verdadera consistencia. “Nunca sabe uno hasta qué punto cree en algo, mientras su verdad o falsedad no se convierten en asunto de vida o muerte”. La verdad, la realidad de una creencia, es vivida como verdad subjetiva (Kierkegaard), puesta a prueba en un riesgo real. Lewis tuvo que hacer importantes reajustes en su sistema de creencias, tanto como en el conjunto de sus afectos y de sus opciones más fundamentales. El paso del miedo, la

angustia de la vuelta a la soledad (volver a la concha del yo, que Dios había roto gracias a la presencia de Joy), la tortura que trae consigo la reflexión sobre la pena, sobre todo la propia.

La creencia en un Dios cruel tendrá que ser depuesta por completo. El Dios bueno parecía gozarse en hacer sufrir. Pero ese es un Dios insoportable. Lewis tiene que conciliar su fe, su esperanza y su amor a Dios, con el amor a Joy. Éste tendrá que mostrarse tan real después de su muerte como cuando fue una presencia real.

La Teología que Lewis había aprendido le planteaba problemas. Creía en Jesucristo como Salvador. Pero creía que fue *crucificado por Dios mismo*... Esta especulación, cercana a la concepción soteriológica de san Anselmo, se muestra ineficaz, una especulación vacía.

Después de muchos devaneos y de mucho sufrimiento, Lewis pudo volver a creer en Jesucristo de otro modo. “Se le permitió a una Persona... y me doy cuenta de que ahora puedo volver a creer que Él hizo en nombre de otro todo lo que es posible hacer en ese sentido.” Y ahora, el escritor irlandés cree encontrar una respuesta a su balbuceo: “No puedes y te atreves. Yo pude y me atreví”. Este factor de fe parece haber sido vivido y comprendido más a fondo. Como si de pronto se captara el sentido de la muerte de Cristo, el sentido del “por mí”, *pro nobis*.

Este es, por lo visto, el caldo de cultivo en el que su mundo afectivo se clarifica, se estabiliza y ordena. Es en él en donde se vuelve capaz de recordar “la parte mejor” de Joy.

Lewis no la nombra directamente. Alude a ella en términos de una vivencia, “una impresión momentánea e irrefutable”, con remotas analogías con un encuentro. Por lo visto, se trata a de algo parecido a la *certeza de que Joy vive*. Hay que dejar que Joy sea Joy, y no un recuerdo. Hay que dejar atrás la añoranza. Sin garantías, sin evidencias, sin emociones, como en un enfrentamiento de orden intelectual, como un “mensaje”. Nada más. Ni alegría, ni tristeza, ni amor ni des-amor. Y sin embargo, suprema y jubilosa intimidad que limpia a fondo los afectos, las pasiones, los pensamientos, el “consciente” de todos sus prejuicios. Un atisbo, la vivencia de algo sólido, la realidad incomprensible, que es quizá la mejor. En este clima emocional, la muerte del otro es vivida en la soledad del sí mismo. La angustia es la angustia por la propia muerte. El sujeto centrado en sí, en sus necesidades, cierra la puerta al otro; “nuestros propios gritos reiterados ensordecen la voz que esperamos oír”. *Se hace necesario el paso a la realidad del otro para que se abra la capacidad de percibir*. Serenarse, dejar a un lado las pasiones. Entonces, aparece el otro real, vivo.

Su relación con Dios se hizo entonces igualmente real: Dios se puede dar al hombre. Y Eso lo llena de alegría. “Joy – llega a decir en un juego de palabras- se llenó de Joy”.

La alegría tiene que ver con desprenderse, hacer algo por los demás. Propiamente, la alegría es indecible, si bien puede tener expresiones que arrebatan a todo el ser psíquica, espiritual u orgánicamente. Su índice es la vibración que nos conmueve desde las entrañas, por lo que hay en ellas de misteriosa asociación y conexión con la bondad, con la gratitud, con la nobleza y el desinterés.

La pena cobró así un sentido trascendente, y la pudo vivir como una expectativa. La vida del otro es entendida como habiendo alcanzado su propio fin (*telos*). “Ya ha llegado a donde estaba llamado a llegar. Así que no hay razón para que se prolongue”. Lewis experimentó el culmen de su humanización en la unión con Joy.

La separación trae consigo el duelo. En el nuevo horizonte la unión, la unión matrimonial no es vivida como truncada por la muerte, sino como continuada en otra etapa. Una vez que

fue capturado por la mujer que lo llevó a vivir fuera de sí (“capturado por la alegría”), el verdadero reto que Lewis enfrentó fue seguir viviendo *fuera de sí*, aun careciendo de su presencia corporal, “aprender a amar a la Ella verdadera”, sin retornar, dicho en el lenguaje de E. Lévinas, del Otro al Mismo. Refiriéndose a Joy afirma Clave Stapes: “H. es más que nunca un factor a considerar”. Lo que está en juego es su realidad, y Lewis atribuye a la gracia “el misericordioso buen sentido de Dios” el abandonar las obsesiones y los recuerdos. Se hace a un lado. “Tus preferencias no cuentan”. Al salir de sí mismo el hombre ama y se hace capaz de alabar por lo que sea.

La “prueba de la ausencia” es vivida como un vivirse puesto a prueba para calar en la verdad de la propia fe y confianza en Dios, para poder llegar a la verdad sobre nosotros mismos, dejando a un lado toda la ilusión de que somos capaces cuando construimos nuestros sistemas de creencias, que se vienen abajo como “castillos de naipes”; para dejar a un lado pasiones como la vanidad, el deseo de ser diferentes, superiores, y no pobres mortales que forman parte del “batallón de los afligidos”.

La aflicción forma parte del amor (conyugal o de cualquier otro tipo), el dolor le es inherente. Juan de la Cruz decía: “Quien no sabe de penas, no sabe de amores, porque penas es traje de amadores”. El mismo dolor tiene sus modalidades. El “enconado” separa del amante. Impide su presencia, la irrupción de su “otredad”, lo que la persona es por derecho propio, sin énfasis de ningún tipo. “Cuanto menos la lloro, más cerca me parece sentirla”. Lewis puede retornar a la alegría cuando no la extraña, cuando la deja ser. Y hace de eso todo un programa.

La observación de la pena puede quedarse a medio camino, dejando en la conmiseración y la tristeza del yo enconchado y solitario. El dejarla ser, como un proceso, permite ver en el fondo al otro como un “nido de jardines secretos llenos de fragancias y fértil cuando más te adentras en él” *La condición que hace posible esta mutación es Dios mismo*. No las ideas de Dios, sino su realidad, en su “independiente realidad”. El acto de amor rompe las imágenes, renuncia a las ideas y pasiones respecto del otro (y de Dios). *El hombre necesita estar dispuesto a que sea la realidad de Dios la que se haga presente*. A que él pueda romper una y otra vez las imágenes que hacemos de él. El hombre tiene necesidad de advertir que de Dios no nos podemos servir. Preferir al otro, dispuesto a que su ser, su mayor alegría, sea a costa de uno mismo.

En los momentos de duelo, lo que más alivia es, sobre todo, sentirse mirado por Dios, con “mirada silenciosa y en realidad no exenta de compasión”, advirtiendo que se está ante el misterio incomprensible. “La realidad es iconoclasta”. Ante el misterio de Dios, Lewis cree poder comprender su verdadero proyecto: divinizar al “pobre primate” “con los nervios a flor de piel”, al animal-espiritual que somos todos los hombres.